

de veras, pero tampoco analiza con la profundidad merecida la parte del compromiso pedagógico de Almendros en Cuba y sus concepciones pedagógicas, por ejemplo desde el terreno codiciado de la literatura infantil.

Es de agradecer el esfuerzo por estudiar y difundir historias de educadores perdedores como Herminio Almendros, pero también cuajados de firmeza pedagógica en sus idearios y convicciones, en el poder de cambio que engendra siempre la educación. En particular hay que destacar el esfuerzo de ordenar los esfuerzos, éxitos y fracasos de la misma corriente en la Cuba revolucionaria.

Por todo, debemos felicitar tanto a la autora como a la entidad que la auspicia, el Ayuntamiento de Almansa, por contribuir a recrear, estudiar y difundir estas historias para conductas apáticas del personal, o para fomentar políticas educativas más decididas de nuestros gobernantes en estos inicios del siglo XXI.

JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ DÍAZ

DELGADO, Buenaventura: *La Institución Libre de Enseñanza en Catalunya*. Barcelona, Ariel, 2000, 172 páginas. Prólogo de Josep González-Agapito.

Es sabido que la reciente historiografía ha dedicado especial atención a la influencia que la Institución Libre de Enseñanza ejerció, desde su creación en 1876 hasta la Guerra Civil, en las diferentes comunidades de España e, incluso, en Latinoamérica. Faltaba, empero, un estudio monográfico que abordase la presencia institucionista en Cataluña si bien autores como Cacho Viu ya habían tratado las relaciones entre Francisco Giner y el nacionalismo catalán. Ahora, y en una línea de trabajo que recuerda la trayectoria del malogrado Vicente Cacho Viu, nos llega el libro que nos ocupa. Su autor –catedrático de Historia de la Educación de la Universidad de Barcelona– posee una extensa bibliografía que incluye algunos de los aspectos relativos a la presencia institucionista en Cataluña. Así, por ejemplo, en 1979 elaboró un estudio sobre la evolución de la Institución Libre de Enseñanza de Sabadell que, en el

cambio del siglo XIX al XX, se ocupó del fomento de la enseñanza laica inspirándose en el modelo institucionista. Unos años más tarde, en 1987, aprovechando la semana de Homenaje Nacional a Manuel Bartolomé Cossío, el profesor Delgado bosquejó, siquiera brevemente, las relaciones entre la Institución y Cataluña.

Después de varios años de trabajo y de una búsqueda minuciosa, nos llega el presente libro que –si bien no agota el tema– plantea con rigor los puntos claves para entender unas relaciones intelectuales y pedagógicas que tampoco pueden deslindarse de la difícil dinámica que se ha establecido, a lo largo de la historia contemporánea de España, entre el centro peninsular y la periferia. En verdad, determinados sectores del nacionalismo catalán mantuvieron una actitud de recelo ante la influencia institucionista por considerarla que respondía a una imposición centralista contraria a los intereses de Cataluña. Si bien en algún momento los vientos institucionistas –sobre todo cuando profesores de talante krausista accedieron a diversas cátedras de la Universidad de Barcelona en la época de entresiglos– pudieron parecer ajenos, e incluso contrarios, a la tradición cultural catalana, lo cierto es que estas prevenciones fueron desapareciendo hasta el punto de normalizarse las relaciones, aunque no es menos verdad que siempre hubo algunas reticencias respecto la presencia institucionista en el Principado.

Por todo ello, nos encontramos ante un libro necesario y útil. Necesario porque sitúa la presencia de la Institución en Cataluña en sus justas coordenadas históricas, partiendo siempre de una actitud de equilibrio y moderación. Por otra parte, el libro se convierte en una eficaz herramienta de trabajo desde el momento que el autor dibuja una serie de perfiles biográficos no sólo de los amigos catalanes de Francisco Giner de los Ríos (Josep Soler y Miquel, Joan Maragall) sino también de los diversos discípulos que tanto Giner como Cossío tuvieron en tierras catalanas (Martín Navarro, Alejandro de Tudela, Palau Vera, Margarida Comas, Santiago Valentí y Camp, Bosch-Gimpera, Joaquim Xirau, etc.).

La nómina es larga y, de hecho, podría haberse incluso ampliado un poco más ya que

encontramos a faltar, por ejemplo, referencias más explícitas sobre Juan Roura-Parella quien siguió dos cursos de Pedagogía Superior con Cossío en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. En cualquier caso, hay que congratularnos por la aparición de ese *nomenclator* que el autor ha elaborado de manera paciente a partir de un sinfín de datos extraídos de diferentes archivos y bibliotecas. En este sentido, podemos decir que la obra aporta numerosas informaciones que resultarán de utilidad para todos aquellos que deseen penetrar en los hilos y conexiones establecidos entre el núcleo institucionista (Giner, Cossío, Castillejo) y sus discípulos catalanes.

Es obvio que tanto los proyectos de la Institución Libre de Enseñanza, como los del movimiento catalán de renovación pedagógica, constituyen dos de los más importantes hitos de la modernización educativa española contemporánea. En realidad, se trata de dos acciones paralelas jalonadas por diversos vasos comunicantes, circunstancia que no ha de extrañar si tenemos en cuenta que el nacionalismo catalán ha sido, por lo general, un proyecto regeneracionista para España a través de su federalismo. Por ello, y a la vista de este libro —que cuenta con un sintético y jugoso prólogo de Josep González Agapito—, se puede concluir que la renovación cultural y pedagógica catalana no se puede entender sin los lazos mantenidos con la Institución Libre de Enseñanza.

De hecho, las relaciones entre Giner y Cataluña se remontan a sus años de formación en Barcelona donde fue discípulo de Llorens y Barba. Por su parte, un catalán como Laureano Figuerola fue uno de los primeros hombres fuertes de la Institución. Por otro lado, la amistad entre don Francisco y el poeta Joan Maragall, iniciada en Barcelona durante la Navidad de 1897 a 1898, confirma la viabilidad de los contactos. No se puede soslayar, tampoco, la figura de Agustín Sardá y Llabería —un maestro catalán afincado en Madrid— que ocupó diversos cargos de responsabilidad en la capital y colaboró en las empresas educativas de la ILE. Fue por aquellos años cuando se consolidó la influencia institucionista gracias a la presencia en la Ciudad Condal de don Hermenegildo Giner de los Ríos que accedió en 1898 a la cátedra de Psicol-

gía, Lógica y Ética del Instituto de segunda enseñanza de Barcelona. En realidad, Hermenegildo catalizó la impronta institucionista que, en su caso, se canalizó a través del republicanismo que, en aquellos momentos, representaba Alejandro Lerroux. De este modo, el hermano de Francisco Giner participó en la batalla escolar que agitó Barcelona por aquel entonces, declarándose partidario de las escuelas laicas, libres o neutras. Así, circuló por Barcelona un espíritu liberal institucionista que impregnó diversas iniciativas culturales y educativas (Presupuesto de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona de 1908, II Asamblea Universitaria). Además, don Gildo fue un lazo de unión que aseguraba la fluidez de las relaciones entre las dos capitales. Si la Institución fue el apeadero madrileño de muchos catalanes, Hermenegildo Giner no se cansó de escribir presentaciones para todos los jóvenes que se desplazaban obligatoriamente a Madrid con el objetivo de cursar los estudios de doctorado. Por mediación de don Hermenegildo, Juan Bardina pudo rehacer su vida siendo enviado —en virtud de los buenos oficios de la Institución— de misión pedagógica a Hispanoamérica.

Especial atención merecen las notas que conciernen a Josep Pijoan, autor de un libro emblemático (*Mi don Francisco, 1906-1910*) donde se declaraba discípulo predilecto de Giner. Delgado desvela que don Francisco nunca reconoció a Pijoan como discípulo suyo, lo cual da a entender que no tuvo relaciones estrechas con la Institución. En cualquier caso, fue probablemente Cassià Costal —profesor de la Escuela Normal de Gerona— quien sirvió de puente para proyectar hacia la Institución lo más granado de la intelectualidad pedagógica catalana. No por azar, Costal fue considerado el “Cossío catalán”, lo cual confirma las vinculaciones entre Cataluña y la Institución. De hecho, las relaciones fueron cordiales tal como se desprende del elevado número de maestras y maestros catalanes que tuvieron la oportunidad de estudiar pedagogía y ampliar estudios en el extranjero. El papel de Castillejo, secretario de la Junta, fue crucial para que profesionales de la proyección de Josep Mallart o Pere Rosselló visitaran los más afamados establecimientos pedagógicos europeos. Gracias a este tipo de

ayudas y subvenciones, la pedagogía catalana consolidó sus lazos con el exterior, particularmente con la escuela ginebrina de Claparède y Piaget.

Tampoco se puede olvidar el papel de la Residencia de Estudiantes como nexo entre el ambiente institucionista y los pensionados catalanes. En realidad, la Residencia constituyó una magnífica atalaya desde la cual intelectuales como Eugenio d'Ors pronunciaron conferencias de impagable valor ("De la amistad y del diálogo", 1914; "Aprendizaje y heroísmo", 1915). Con todo, hubo que esperar un tiempo para que madurasen los frutos de estas relaciones que, finalmente, cristalizaron en el protagonismo de la generación universitaria republicana. No hay duda que Pere Bosch-Gimpera, rector de la Universidad Autónoma de Barcelona (1933-1939); Joaquín Xirau, decano de la Facultad de Filosofía y Letras; Rafael Campalans, director de la Escuela del Trabajo; Margarida Comas, profesora de la Escuela Normal de la Generalitat; Joan Roura-Parella, profesor del Seminario de Pedagogía de la Universidad de Barcelona, integran —entre otras muchas— una constelación de personas preocupadas, según el ejemplo de Giner y Cossío, por reformar Cataluña desde una perspectiva pedagógica.

De ahí el gran número de actividades desarrolladas durante aquellos breves, pero fructíferos, años de autonomía que Buenaventura Delgado no duda en afirmar que representan el triunfo de las ideas de Giner en Cataluña. Así, y después de analizar las vinculaciones de Bosch-Gimpera con la Institución, Delgado pasa revista a las actividades del Seminario de Pedagogía que seguramente no hubiera alcanzado la condición universitaria sin la ayuda de Cossío. A continuación, desfilan por el libro toda una serie de iniciativas que responden, de una u otra forma, al espíritu institucionista: las reformas del Patronato de la Universitat Autònoma, la política del Consell de Cultura de la Generalitat, las actividades del Patronato Escolar de Barcelona, la Escola Normal de la Generalitat, y por último, el Institut-Escola que, bajo la dirección de Josep Estalella, funcionó en Barcelona a imagen y semejanza del de Madrid.

Quizás para ilustrar esta presencia de la ILE en Cataluña nada mejor que recordar unas palabras de Roura-Parella que después de asistir a los cursos de pedagogía de Cossío se preguntaba, desde el exilio americano, qué había quedado de aquellas enseñanzas. Su respuesta era concisa y directa: nada. Cossío solía comentar: "Educación o cultura anímica es lo que queda cuando no queda nada". Esto es precisamente lo que dejó la Institución en Cataluña, esa cultura del espíritu, esa forma dinámica de un impulso hacia arriba, un modo de pensar y de abordar los problemas educativos, en fin, un entusiasmo por los valores ideales que también en Cataluña se compartieron de manera ilusionada.

Al igual que Giner y Cossío, los discípulos catalanes de la Institución estimaron que la cuestión social era una cuestión moral y, por ende, educativa. Los esfuerzos de las diferentes generaciones de educadoras y educadores catalanes apuntaron claramente en esta dirección. Por ello no ha de extrañar que esos mismos discípulos contribuyesen a mantener viva, desde la diáspora, la memoria de sus maestros: el libro de Xirau sobre Cossío y la educación en España (México, 1943), así como el extenso artículo de Roura-Parella sobre Giner (*Cuadernos Americanos*, 1965), confirman esa predilección por un estilo de pensar y educar, por una manera de moralizar a la humanidad, por ese deseo inquebrantable de formar conciencias en un ambiente de libertad. Por todo lo dicho, se puede concluir que también en Cataluña la Institución dejó su benéfica impronta, una huella profunda que se puede rastrear desde fines del siglo XIX y que culminó con la llegada de la Segunda República.

CONRAD VILANOU

GARCÍA BLANCO, Saúl: *La educación física entre los mexicanos*. Madrid, Editorial Gymnos, 1997, 163 pp.

El libro que presentamos correspondiente al profesor Saúl García Blanco es el esfuerzo de su trabajo doctoral que analiza los juegos del mundo azteca, los habitantes del antiguo